

Ana Frega:

No somos los que
manejamos los hilos de
la memoria histórica

Florencia Thul¹

¿Por qué elegiste estudiar Historia en el IPA?

A mí me gustaba la Historia, en el liceo tuve muy buenas profesoras que me hicieron adquirir un gusto particular por la asignatura. Yo hacía el Plan Piloto, que tenía programas diferentes respecto a lo que era el Plan 41. La Historia no era tan fáctica y el último año se dedicaba al siglo XX. Y se ve que algo se me daba con la Historia, porque como integrante del movimiento estudiantil en el Liceo 18, en junio de 1973, en los momentos previos al golpe de estado, di una clase abierta sobre Artigas. Ese y otros episodios de resistencia a la Ley del Conae [Consejo Nacional de Educación] y el autoritarismo en la enseñanza me alejaron del Liceo 18, porque me suspendieron por un año sin derecho a dar exámenes libres y me trasladaron al Liceo 14. Entonces la Historia me interesaba, lo que faltaba definir era si iba a ser mi carrera, porque en realidad a mí me gustaba la Economía. En el Plan Piloto, en sexto año, la opción para seguir Ciencias Económicas estaba en sexto Humanístico; la única diferencia era que el programa de Matemáticas tenía cinco horas semanales, mientras que para las demás opciones era de solo tres horas. Y por esas elecciones que uno hace a esa edad, donde no sabe muy bien qué quiere para su vida, porque prioriza a sus amigos, me enganché en el grupo de tres horas de Matemáticas. O sea que no fue una decisión muy meditada. Ingresé a estudiar en el IPA [Instituto de Profesores Artigas] en 1977, cuando no había un horizonte de salida claro de la dictadura y pensar lo que uno iba a hacer en el futuro era difícil. Mi razonamiento fue: primero hago una carrera que me permita trabajar, tener un ingreso y después puedo hacer alguna de esas otras carreras más largas que me gustaban, pero teniendo ya

1 Florencia Thul es docente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República y doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires.

2 Ana Frega nació en Montevideo en el año 1958. Es profesora de Historia egresada del Instituto de Profesores Artigas (IPA), licenciada en Ciencias de la Educación por la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República y doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es profesora titular y directora del Departamento de Historia del Uruguay en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Se especializa en la historia de las revoluciones de independencia y los procesos de construcción estatal en el Río de la Plata. Es, junto con Nicolás Duffau, coordinadora del grupo de investigación de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) «Crisis revolucionaria y procesos de construcción estatal en el Río de la Plata».

Esta entrevista fue realizada el 29 de junio de 2017 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La transcripción fue revisada por la entrevistada.

un medio de vida. Debo aclarar que el IPA dejó de llamarse IPA en 1977. Soy de la generación del plan nuevo del Centro II del Instituto Nacional de Docencia, que era de tres años, con clases de lunes a viernes desde las 19 horas hasta la medianoche y los sábados de mañana. Con este nuevo plan se habían eliminado asignaturas por considerarlas «innecesarias» para la formación de un profesor, como Teoría y Metodología de la Historia o Historia de la Historiografía. La concepción era que el profesor transmitía, o sea, que tenía que leer un libro y repetir la información. Teoría o Historiografía se consideraban algo accesorio y, creo yo, peligroso. También se habían modificado todas las materias llamadas *generales*. Lo que antes era Sociología se consideraba que era un semillero de formación de comunistas, subversivos y enemigos de la nación y entonces pasó a llamarse Ciencias Sociales de Formación —que para nosotros era de «deformación»—, donde la bibliografía, entiéndase bien, no las fuentes sino la bibliografía era, por ejemplo, *Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental* o *UJC: escuela de comunismo* y cosas por el estilo. Era realmente una materia de adoctrinamiento y había desaparecido cualquier referencia a una historia social de la educación, una sociología o algo que vinculara a los problemas de la realidad del país y de los estudiantes de Secundaria con los que uno iba a trabajar. Allí conocí a Gerardo Caetano, a Jorge Balbis, a Mónica Maronna, por mencionar algunos colegas que se dedicaron a la investigación histórica y con quienes trabajé en el Claeh [Centro Latinoamericano de Economía Humana]. En ese momento también ingresé a una experiencia nueva que estaba organizando Carlos Zubillaga en el Claeh, que buscaba generar un espacio de formación de investigadores en respuesta ante una Universidad que había sido intervenida. Entonces, me formé a la vez como profesora y como investigadora, lo que fue muy enriquecedor pues, desde el arranque, no hubo una distancia entre la investigación y la docencia, sino que ambas iban en paralelo.

¿Qué docentes destacas de esa etapa en el IPA?

Destaco particularmente a dos: Rogelio Brito Stifano y María Julia Ardao. Rogelio Brito, quien tal vez es conocido solamente por las «Noticias anónimas...» que publicó en la *Revista Histórica*,³ nos permitió pensar que la Historia no era una disciplina separada y aislada de las demás: nos mostró que el enfoque antropológico, el enfoque social o el enfoque cultural eran importantes. Además de Historia Nacional o Historia Americana, yo iba de oyente al curso de Historia Moderna que él daba. Si bien ahora no llamaría la atención, Brito nos enseñaba a partir de obras como *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione o de otras fuentes; nos estaba sumergiendo en la mentalidad, en la vida cotidiana, en los aspectos culturales y cómo se vinculaban con los demás. Realmente nos estaba abriendo a otra forma de pensar una época histórica. Brito también se preocupaba por la ubicación espacial de los procesos históricos y nos hacía hacer mapas. Él nos daba Historia Nacional I, con un programa totalmente diferente al que daba Juan Pivel Devoto en el turno de la mañana, y nos mostraba, por ejemplo, que cuando trabajábamos con las etnias indígenas no había que congelarlas en un lugar, sino que íbamos viendo los mapas etnográficos según el siglo XVI, el siglo XVII, el siglo XVIII y la movilidad de los grupos humanos.

María Julia Ardao fue mi profesora de Historia Nacional en segundo y en tercero y de Historia Americana III. Era una excelente persona y docente. En cuanto a su vinculación con los estudiantes, respetaba las opiniones y los enfoques diferentes. Porque dando Historia Nacional con un programa elaborado por Pivel Devoto al estilo de «presidente tras presidente», que en la bibliografía que no tenía nada de Barrán ni de Nahum aunque ya habían empezado a aparecer los tomos de la *Historia rural del Uruguay moderno*, igual podíamos dialogar abiertamente y utilizar

3 «Noticias anónimas sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII», *Revista Histórica del Museo Histórico Nacional*, 1953

esos materiales y enfoques. Ella tenía esa experiencia impresionante de haber mirado junto con Aurora Capillas de Castellanos prácticamente toda la bibliografía sobre Artigas y de trabajar en la Comisión del Archivo Artigas apegada a esa concepción historiográfica donde la fuente es el centro. Como profesora de Historia Americana III, con un programa que seguía el esquema «presidente tras presidente» pero multiplicado por todos los países americanos, gracias a su hermano Arturo Ardao, exiliado en Venezuela, accedimos a materiales donde había una historia de América Latina mucho más conceptual.

¿Qué destacas de la formación en esos momentos tan duros para el país?

El grupo humano, nuestra clase del IPA, que generó unos lazos de solidaridad y resistencia que ayudaron mucho en esos años que realmente eran difíciles. Lazos de solidaridad y resistencia que iban desde tratar de «tomarle el pelo» a muchos profesores que de tales tenían solamente el nombre hasta generar mecanismos alternativos de formación. Organizamos grupos de estudio donde nos repartíamos los temas para profundizar y en alguna materia nos vinculamos con profesores de Secundaria que nos armaron un curso paralelo. Es decir, en ese momento que parecía de oscuridad buscamos colectivamente reforzar nuestra formación y hallar la manera de soportar un sistema opresivo en el que si había tres personas juntas en el pasillo, venía el vigilante y se ponía al lado para ver qué pasaba. Y también era un acto de resistencia comprar un libro. A veces me cuesta transmitir hasta qué niveles había llegado la represión y el intento de controlar la vida de las personas. Recuerdo cuando venía Sergio Rodríguez al IPA con el maletín y entraba a mostrar libros de editorial Crítica de Barcelona; conocimos a Eric Hobsbawm a través de los libros que él traía, porque no estaban en ninguna bibliografía. Si uno mirara esa etapa sin esto diría «qué horrible», pero este espíritu grupal nos fortaleció.

Además, hay que sumar la formación en investigación en el Claeh, que me abrió la perspectiva de la construcción del conocimiento histórico. Y la convicción y el compromiso que uno tenía con la transformación de esa sociedad, que fueron creando vínculos muy fuertes entre los que participamos de esa generación.

Para resumir, creo que mi formación incorporó elementos, a veces de manera imprevista, como la apertura del seminario de investigación en el Claeh, que ahora están en la base de lo que sería la formación de un historiador: la vinculación con otras disciplinas sociales, la idea del espacio como construcción y elemento para generar nuevas preguntas, la lectura de bibliografía que no esté acotada al ámbito local, el trabajo con las fuentes. Aspectos que nosotros ahora impulsamos y a los que se suma que la formación no es para el trabajo individual, sino para la investigación en conjunto, en equipo, que siempre es mucho más rica que la producción aislada.

¿Cómo fue esa primera experiencia de investigación en el Claeh? ¿Cómo surgían los temas que investigaban?

Estábamos en dictadura, el seminario de investigadores terminó en 1979 y a partir de 1980 se generó la oportunidad para ingresar a hacer investigación en el Claeh. En ese momento, lo que había que explicar era por qué Uruguay había terminado en la dictadura. Y como siempre hay que empezar por algún lugar, lo que se había trazado en el área Historia del Claeh era trabajar sobre el batllismo. Pero no con el corte en los años de sus dos presidencias, sino pensar el batllismo ubicado en las tres primeras décadas del siglo XX, hasta el golpe de Estado de 1933. En ese marco surgían temas que tenían que ver con la historia política, la historia social o la historia económica. Junto con Yvette Trochón y Mónica Maronna empezamos a trabajar sobre la agricultura. Partíamos de una base firme, porque en la *Historia rural del Uruguay moderno*, Barrán y Nahum

también estaban llegando al siglo xx, a la época del «equilibrio difícil». Decidimos concentrarnos en el período de las mayores reformas que el batllismo impulsó respecto a la agricultura, es decir, la segunda administración de José Batlle y Ordóñez y llegar hasta el golpe de Estado de Gabriel Terra como cierre de ese período. En 1982 publicamos en *Cuadernos del Claeh* nuestro primer artículo sobre la política agraria del batllismo. Escribir con lenguaje académico, someterlo a la lectura minuciosa de Carlos Zubillaga, quien nos hizo muchísimas sugerencias al margen, casi tan extensas como nuestro artículo, fue una experiencia muy rica. El desafío fue empezar a escribir, porque una cosa es ir al archivo o a la biblioteca y fichar, pero cuando tenés ese conjunto de fichas, que en nuestra época eran cartulinas manuscritas, las ponés sobre la mesa y empezás a ver cómo responder las preguntas que inicialmente te habías trazado, viene lo difícil. Y a su vez, llevarlo a un texto que otros van a leer es un desafío mayor. Recuerdo las cajas de zapatos con las fichas, las cronologías que íbamos haciendo, los borradores escritos a máquina, que cuando queríamos cambiar algo había que recortar y pegar en otra hoja, todo un trabajo artesanal pero realmente disfrutable. El siguiente tema de investigación avanzó sobre las décadas de 1930 y 1940, con el centro en el golpe de Estado de 1942. Con Yvette y Mónica, aunque no siempre seguimos trabajando juntas, forjamos lazos de amistad entrañables hasta el día de hoy.

La experiencia del Claeh también nos permitió conocer otros historiadores del país y de la región. Por ejemplo, con la realización de seminarios, donde conocí a Hilda Sabato, a Marta Bonaudo, a Marcela Ternavasio y a otros historiadores argentinos, que nos permitían un diálogo con otras comunidades historiográficas. También se organizaban reuniones con historiadores de otros centros de investigación que funcionaban en Uruguay, como Ciesu, Ciedur, Cinve,⁴ para presentar avances de las investigaciones. Y ese también era un espacio muy enriquecedor porque conocí a Raúl Jacob, a José Pedro Barrán y a Benjamín Nahum, entre otros, y pude escuchar y discutir las exposiciones de gente con mucha experiencia en el oficio de historiador.

En esos años, ¿también dabas clase en Secundaria?

Yo entré a Secundaria como adscripta en 1980. Soy de la generación de «las toses». En la ceremonia de entrega de títulos en 1980, con presencia de integrantes del gobierno militar, nos vino un «ataque de tos» colectivo cuando uno de ellos empezó a hacer uso de la palabra. Y ese acto de resistencia generó que toda esa generación quedara postergada y que no tuviéramos horas al año siguiente. Así que recién tuve grupos míos en 1982, en el Liceo 29, porque hasta ese momento había hecho solo algunas suplencias en el liceo en el que era adscripta. Di pocos años en Secundaria pública, solo hasta 1987. Tengo un excelente recuerdo del año 1985 en el Liceo Bauzá, en 1986 estuve en el Zorrilla y en 1987 volví al Bauzá. Si bien me gustaba dar clase en Secundaria, en 1986 había ingresado a la Universidad de la República como asistente en Historia de las Ideas y en Ciencia Política, ambas en la Facultad de Derecho. Trabajar con Selva López y con Jorge Landinelli fueron experiencias de formación también muy interesantes, que me acercaron a diferentes disciplinas que constituyeron y enriquecieron mi formación en Historia. Además, había ingresado a los institutos normales para dar clases a los futuros maestros y maestras; y en el año 1987 comencé a dar Historia Nacional II en el IPA. Fue en ese momento que me di cuenta de que no podía con todo, la tarea docente es una tarea muy demandante y en 1988 dejé de dar clases en Secundaria. Además, entonces mi hija era muy chica, y si bien contaba con apoyos familiares para cuidarla, la tarea docente es muy demandante en cuanto a horarios, porque si uno no puede ir a trabajar está afectando el vínculo docente-alumno que debería tener una cierta continuidad.

4 CIESU: Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay; CIEDUR: Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo, Uruguay; CINVE: Centro de Investigaciones Económicas.

¿Cómo fue tu acercamiento al tema de las revoluciones de independencia en la región? ¿Qué te atraía de un tema que había sido tan trillado por la historiografía?

En el IPA daba Historia Nacional II, que arrancaba en el Virreinato del Río de la Plata y terminaba en 1830. Me entró a pasar que las preguntas que yo me formulaba no estaban respondidas en los libros de Historia. Fue por la docencia en el IPA que empecé a interesarme más por la historia del Río de la Plata, por la historia de la revolución, por un replanteo del artiguismo con las preguntas de la historia social, de la historia económica, de la historia cultural, de una historia política no tan fáctica. A través del Claeh tuve la posibilidad de conocer a José Carlos Chiaramonte. En las Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia que se hacían en Argentina presentaba mis ponencias sobre temas del siglo xx y después me iba a escuchar a Carlos Mayo, a Silvia Mallo, a Nidia Areces, a Jorge Gelman, a Chiaramonte y a muchos más. De esa forma pude conocer la nueva historiografía sobre el Río de la Plata.

En el año 1990 ingresé a la Facultad de Humanidades, al CEIL [Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos] dirigido por Lucía Sala. Fue una experiencia de trabajo interesante, pero aunque conversábamos sobre sus investigaciones sobre el artiguismo, allí tenía que seguir investigando sobre siglo xx. La oportunidad de poder dedicarme al siglo xix se dio cuando ingresé a fines de 1992 al Departamento de Historia del Uruguay, dirigido por José Pedro Barrán. Para mí fue *la* oportunidad, porque comencé a dar el curso de Historia del Uruguay I, con un programa que abordaba el artiguismo, el Río de la Plata, la independencia y la construcción del Estado Oriental y, además, me podía dedicar a estudiar esta temática que me había atraído por una casualidad, pero que me había atrapado. Lo que sentía era que la historiografía se había volcado al siglo xx, que después de la dictadura se estaba dedicando más a la segunda mitad del siglo xx, y que estos temas habían quedado como congelados en el tiempo, como aceptando por bueno todo lo que había, cuando en realidad había allí una cantera para investigar. En 1994 edité mi primer artículo sobre Artigas. Después hice una investigación sobre el proyecto federal y la tesis de doctorado donde me centré en el estudio de la «soberanía particular de los pueblos» en un espacio territorial concreto: Santo Domingo Soriano. Y así sigo, en el Departamento de Historia del Uruguay y desarrollando investigaciones que tienen que ver con la crisis revolucionaria y los procesos de construcción estatal en el Río de la Plata. Bajo ese nombre, «Crisis revolucionaria y procesos...», en el año 2000 constituimos junto a Ariadna Islas un grupo de investigación. El grupo ha ido variando su integración a lo largo de estos años —desde 2015 Nicolás Duffau y yo somos los responsables académicos—, abordando con un enfoque regional y que se inscribe en los campos de la nueva historia política, la historia social y la historia cultural, diversos aspectos como las fuerzas en armas, la población afrodescendiente, el proyecto político y social del artiguismo, la Cisplatina o la independencia, entre otros, primero concentrados en las tres primeras décadas del siglo xix y más recientemente extendiendo el marco cronológico hasta la consolidación del Estado Oriental a fines del siglo xix.

En la descripción de tu currículum sobre tu producción científica, decís que tu labor de investigación histórica en los últimos años se ha orientado «a la revisión crítica de la historiografía de corte “nacionalista” y “esencialista” sobre la independencia del Uruguay»... ¿Podrías explicar a un público no conocedor qué significa esto?

El punto de partida es la crítica a una mirada que no problematiza la existencia del Uruguay como tal. Pierre Vilar, un historiador francés, señalaba que había que cuestionar todo, que no había que tomar como un dato ni el Estado, ni la ciudad, ni el reino, ni el imperio, sino investigar los procesos detrás de esas unidades políticas. La visión «esencialista» y «nacionalista» de la nación

parte de la base de que existe una nación, aunque sea larvada, que puja por constituirse. ¿Cuál es el peligro de esa interpretación? Que plantea un único final, un final predeterminado, por lo que no permite recuperar la contingencia, ni mirar esos proyectos que por alguna razón abortaron, ni explicar por qué esos proyectos aparecieron o no se concretaron. En suma, cuestionar la visión «nacionalista» de que esa nación existe desde siempre, y que lo que en todo caso hubo fue la lucha para que pudiera madurar y afirmarse; y la visión «esencialista» de que hay una esencia de lo uruguayo, de lo argentino, etcétera. Creo que esta visión no permite entender el mundo actual, porque está tergiversando el mundo «anterior». Cuando hacemos Historia tratamos de encontrar esos elementos que nos permiten ver cuáles son los distintos grupos, sus intereses, sus alianzas, sus contradicciones; por qué hay momentos en que surgen determinadas opciones y qué es lo que lleva a que una de ellas se concrete, y después, a su vez, todas las resistencias, todas las contradicciones, todos los apoyos que se generan. En Historia no hay nada que no deje rastro, en el sentido de que aun los proyectos derrotados pueden ser retomados. Entonces, la crítica viene en el sentido de recuperar la contingencia, recuperar el juego de intereses, entrar a ver que las cosas no son mecánicas, poner en consideración distintas escalas de análisis. Pero no tenemos que quedarnos con la crítica; debemos construir miradas mucho más explicativas de los procesos. Y todo esto, sabiendo que la Historia es algo en construcción, algo que se construye sobre lo que hay, ya sea para cuestionarlo, para reforzarlo, para desarrollarlo, sabiendo que después otros van a construir, cuestionar, rechazar o profundizar lo que uno hace. Creo entonces que la crítica va por ahí, no hay un origen único ni un destino prefijado.

¿Quiénes son tus autores de referencia? ¿En qué te influenciaron?

En esa pregunta hay dos planos: aquellos que son tus referentes no solo porque los has leído, sino porque tuviste o tenés un diálogo directo, enriquecedor, y, por otro lado, esos autores que cada vez que uno los lee les encuentra nuevas cosas, esos historiadores que inspiran. En relación con los primeros, destaco especialmente los aportes que he recibido de José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, Lucía Sala o José Carlos Chiaramonte, con quienes tengo una deuda intelectual enorme y más recientemente de Raúl Fradkin y otros colegas historiadores de Argentina y Río Grande del Sur, con quienes venimos trabajando en la construcción de una historia regional, una historia de las movilizaciones sociales o una historia política que incorpora fuertemente lo social y lo cultural. En relación con el segundo tipo, podría mencionar dos autores, aunque en realidad hay muchos más. Uno que hizo que me gustara la Historia y que leí desde el liceo fue Jacques Le Goff. Cuando estaba por entrar al IPA, si me preguntaban qué período de la Historia me gustaba, contestaba la Edad Media, por la lectura de este autor. Después, ya estando en el IPA, aunque ningún profesor me lo recomendó, empecé a leer a Pierre Vilar y podría decir que es un autor que me inspira, por su trayectoria de vida, porque hizo un recorrido de la Geografía a la Historia pasando por la Economía, porque tuvo un compromiso social y político realmente muy marcado, porque cuestionó la visión tradicional de los Estados nacionales y porque abrió muchos temas que después se pusieron de moda. Pierre Vilar, además de escribir maravillosamente, tiene artículos como «El tiempo del Quijote» donde en una expresión puede sintetizar una interpretación profunda de la historia de España. Es uno de esos historiadores que sigo leyendo y que me ayuda a plantear y enfocar los problemas a investigar, tanto en obras pensadas como manual universitario como su *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* como en su magistral *Cataluña en la España moderna*, cuyos tres tomos fui consiguiendo de a poco, y también sus variados artículos sobre España en los siglos XVII y XVIII, los análisis sobre el Derecho y la Historia, o una breve contribución a una Historia de América Latina, donde esboza una comparación entre la Revolución Francesa y las

revoluciones hispanoamericanas. Es cierto que hay historiadores que tienen una envergadura mayor o que tal vez puedan ser mejores historiadores, no lo dudo, pero uno percibe en algunos autores algo especial, encuentra algo nuevo en cada relectura, y no porque esté de acuerdo en todo lo que dicen. Claro que también hay otros historiadores que me encanta leer como Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Georges Duby, y podría seguir nombrando, pero creo que es Pierre Vilar a quien siempre vuelvo.

Fernando Devoto dijo en una entrevista hace algunos años que el historiador se debe encargar de «criticar los mitos y no de construirlos», ¿compartís esta frase?

Creo que sí, pero también debería señalar que los historiadores no tenemos el monopolio de nuestros dichos. O sea que nosotros podemos plantear una serie de ideas e interpretaciones y estas ser tomadas para alimentar mitos. Y podría decirte que esto me ha pasado. Por ejemplo, después de una charla o un taller, donde había procurado mostrar los claroscuros y las contradicciones del artiguismo, al terminar se han acercado personas a felicitarme, pero reafirmadas en el mito del héroe creador. Yo creo que los historiadores tenemos una responsabilidad, es cierto, pero no somos los que manejamos los hilos de la memoria histórica. No tenemos que ser tan soberbios de pensar que vamos a escapar totalmente de los mitos y preconceptos en los cuales nos formamos, porque tenemos nuestra concepción del mundo y somos hombres y mujeres de un momento histórico particular, y también debemos reconocer que por más que pongamos todo nuestro esfuerzo para promover enfoques críticos o renovadores, lo que estamos haciendo puede dar lugar a la construcción de mitos.

Has tenido mucho vínculo con la política y con el gobierno, sobre todo en época de conmemoraciones, ¿cómo ha sido ese diálogo?

Lo primero que diría es que no sé si tengo «mucho vínculo» con la política y el gobierno. Yo querría creer que no fui convocada por mi postura política como ciudadana, sino por el lugar que ocupé en el Departamento de Historia del Uruguay y por dedicarme a analizar el período histórico de las revoluciones de independencia. Llegó el momento de la «zafra» para lo que yo trabajaba. Sobre el diálogo con las autoridades, uno es consciente de que, por un lado, está lo que puede plantear como resultado de la investigación histórica y, por otro, los objetivos trazados por quienes organizan una conmemoración. Y los objetivos de las conmemoraciones siempre son políticos en sentido amplio. En general, las experiencias van en lo que uno pueda extraer de ellas y yo podría decir que en este caso fueron positivas, por permitirme conocer desde dentro, haciendo una especie de observación participante, cómo es que se gestan y desarrollan estas agendas. Mediante ese diálogo hay ciertas cosas que se pueden matizar, elementos que se logran incorporar, por ejemplo, en los textos de las convocatorias, que por ser breves deben ser muy bien elaborados para no seguir alimentando los mitos de los que hablábamos antes. El asesoramiento sobre los documentos históricos que se publican, sobre el tipo de actividades que se van a hacer, que tengan una conexión con el presente, o la búsqueda de un mayor diálogo de este conocimiento histórico construido de manera más profesional con la divulgación fueron otros aspectos de mi labor. Te cito un ejemplo del año 2011, cuando participamos con un equipo interdisciplinario de colegas de Historia y de Antropología de la Facultad de Humanidades, de Agrimensura de la Facultad de Ingeniería y la Dirección Nacional de Topografía del Ministerio de Transporte y Obras Públicas en un proyecto para la georreferenciación de la ruta del «éxodo», «redota» o migración de las familias siguiendo al ejército oriental a fines de 1811, la significación de ese episodio histórico y el examen de los relatos, de las conmemoraciones hasta el presente. Fue una experiencia muy linda de investigación y de

trabajo multidisciplinario, que incorporó también la realización de un documental. Y ahí tuvimos otra «pelea» más, en este caso con los comunicadores, o sea, la discusión en torno a cómo transmitir ciertas cosas de forma rigurosa y amena a la vez. Y creo que no hubiera sido posible lograr esa experiencia y ese resultado si no hubiéramos estado participando en las conmemoraciones, si nos hubiéramos puesto por fuera y dicho «todo esto es mito, todo esto es construcción ideológica». Y nos metimos, y si bien pagamos un precio, por ejemplo, hablar de la ruta del «éxodo», expresión que no aparece en la documentación sino en el momento en que ese episodio pasa a formar parte de un mito; también hubo ganancias, como el ponernos en contacto con la «cocina» de la producción audiovisual y poder llegar a un público más numeroso y diverso. Yo puedo dar clases a lo largo de toda mi vida, y esa experiencia docente, en cantidad de personas, nunca va a ser el número que te ve en una pantalla.

¿Los historiadores deberían hacer un mayor esfuerzo en la difusión de su producción? ¿Cuáles consideras que son los desafíos para que la «historia investigada» llegue a la «historia enseñada»?

Yo creo que es una responsabilidad nuestra. Uno no debe pensar en escribir para los historiadores exclusivamente y más en una disciplina como la Historia, que conserva dentro de su lenguaje académico un mayor acercamiento con el lenguaje corriente, o dicho a la inversa, no tenemos una jerga que solamente puedan entender los iniciados. Así como hace un rato decía que creo que el trabajo del historiador es una labor en equipo, que no es un trabajo aislado, creo que los resultados tampoco deben ser solo para el investigador, sino que existe una responsabilidad nuestra a través de la docencia y también por fuera de esta para difundirlos. Me parece que también es una tarea «militante», porque si los historiadores no ocupamos ese lugar, otros cubrirán esa demanda social. Entonces la pregunta es si nosotros queremos que la divulgación se realice sin el conocimiento riguroso de la disciplina y sin manejar sus herramientas conceptuales. Esto es ceder, tal vez por comodidad, una responsabilidad que nos corresponde. Y digo por comodidad porque es mucho más difícil pensar en encontrar una justa medida para un público que uno no sabe cuál va a ser. Aún más difícil que la docencia, porque cuando estoy en una clase tengo estudiantes de Secundaria, tengo estudiantes universitarios, de quienes puedo tener una devolución. Pero cuando uno se dirige a públicos o audiencias de gran diversidad, de los que es poco probable que obtenga respuestas o devoluciones, la divulgación es un desafío mayor. Nuestra responsabilidad es hacer ese esfuerzo. Porque en el caso de los escritos académicos, entre pares nos leemos porque hay un interés compartido; cuando uno está en una clase, tenemos un público cautivo; pero cuando estamos divulgando en realidad lo que estamos haciendo es tratar de conseguir, de «ganar» ese público. Entonces, lo que es difícil es mantener la rigurosidad, la complejidad de los procesos que uno quiere presentar, haciéndolo con la claridad, con la motivación, con el uso de distintos instrumentos y medios que no son habituales en nuestro oficio. Creo que a veces se descuida este aspecto que me parece que es responsabilidad social del historiador y no debemos dejar en otras manos. Además, y esto también es importante, ocupar esos lugares y realizar una divulgación de calidad contribuye a un mayor reconocimiento social de la Historia como disciplina científica.

¿Cómo ves al campo historiográfico uruguayo hoy? ¿Qué temas, problemas aún faltan por investigar y son relevantes?

Creo que nuestra comunidad académica en Historia es una comunidad todavía pequeña comparada con la región, pero está creciendo. La renovación historiográfica es tal que a veces hay más temas que posibilidades humanas y materiales para desarrollarlos. A fines de 2015 se formó la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI), que si bien no ha llegado aún a todo el país ni

a todo el universo de historiadores, está contribuyendo a generar espacios de diálogo al interior de la comunidad historiográfica del país sobre temas que le preocupan y, a su vez, puede generar una reflexión colectiva sobre aspectos que no son exclusivos del historiador, sino de toda la sociedad como, por ejemplo, los que tienen que ver con el mantenimiento de los archivos, con las discusiones en torno a la memoria histórica, con los lazos entre la Historia, el patrimonio y las identidades. Ahora bien, sobre la pregunta acerca de los temas relevantes que aún faltan investigar y sin la pretensión de mencionar todos, me voy a referir a los que tienen que ver con campos más cercanos a mis preocupaciones. Sobre las independencias hay que seguir trabajando en distintos niveles, tanto en la recuperación de los procesos micro, como también en lecturas de conjunto que nos permitan ver el período no en la cronología estilo 1810-1820, 1820-1830, sino los procesos de transformaciones desde mediados de siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Tenemos que trabajar en los estudios más monográficos o de cronología más corta, pero también en las visiones de conjunto. Además, como te decía antes, los estudios deben encarar distintas escalas espaciales y tender puentes comparativos. La visión de la historia política del siglo XIX debe reformularse a partir de indagaciones sobre otras bases, que escapen a las dicotomías y recuperen la complejidad de vínculos, relaciones, alianzas y proyectos. Investigar sobre los lenguajes y las prácticas políticas, profundizar los estudios sobre prensa, opinión pública y formas de sociabilidad, analizar la historia de las instituciones, los sistemas de justicia, el ejército, la policía, la guardia nacional, examinar las jurisdicciones territoriales y las zonas de frontera, son algunas de las líneas a desarrollar. Y si trasladamos las renovaciones historiográficas al mundo del trabajo, al mundo de la economía, a la cultura, a la historia de género que está empezando a consolidarse en el país, vaya si tenemos campos para arar. El desarrollo de programas de posgrado en Historia, con la incorporación de nuevos investigadores que centran sus tesis en estos temas, aun cuando falte mucho por hacer, muestran la vitalidad en esta coyuntura.

Dada tu vinculación con investigadores de todo el mundo, ¿cómo ves posicionada a la academia uruguaya?
Yo creo que se ha avanzado mucho en los últimos años. Por un lado, porque hay condiciones materiales que permiten ese avance, que van desde internet hasta una mayor inversión de instituciones, como la Universidad de la República, para la circulación de los investigadores. Esto permite que la comunidad académica uruguaya se pueda nutrir y enriquecer con los intercambios en el exterior y también que vaya abriendo espacios para el reconocimiento de Uruguay en la comunidad historiográfica internacional. En los estudios comparados en América Latina es frecuente que aparezcan, por ejemplo, Argentina, Brasil o México, y uno se pregunta ¿y Uruguay? Bueno, en la medida en que la comunidad de historiadores se va consolidando, Uruguay empieza a ocupar un lugar. Es importante que aparezca, no por una cuestión de nacionalismo, sino para la comprensión de la historia latinoamericana, pues no se entiende la región sin una de las piezas. En ese sentido, creo que Uruguay ha ido ganando un espacio en la comunidad historiográfica iberoamericana. Como ejemplo puedo citar el proyecto *Iberconceptos*, una historia de los conceptos políticos y sociales desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, dirigido por Javier Fernández Sebastián, de la Universidad de País Vasco. En la primera fase de ese proyecto una de las áreas era «Argentina/Río de la Plata» y Uruguay entraba ahí. En la segunda fase del proyecto, Uruguay pasó a ser uno de los casos a estudiar. Ahora, lo interesante de esto es que Uruguay aparece no solamente porque tenga buenos historiadores, sino porque los colegas extranjeros que tenían que trabajar sobre Uruguay señalaron que acá había gente capaz de hacerlo. Los vínculos permiten a la comunidad local crecer; cada vez es más importante participar en redes académicas internacionales de calidad. Otro camino para el fortalecimiento de los vínculos con comunita-

des historiográficas de otros países y continentes son los posgrados. Y aunque hemos «perdido» muchos egresados porque se han radicado en el exterior, siguen vinculados y siguen investigando sobre temas del país y de la región. La comunidad se ha ido fortaleciendo con los vínculos internacionales y eso, a su vez, está repercutiendo en un mayor interés por lo que pasa en Uruguay, por conocer su historia.

¿Cuál es el rol que la Historia tiene en la sociedad y cuál crees que debería tener?

Para dar esta respuesta me voy a referir a una preocupación señalada por Eric Hobsbawm. Decía que en todos los regímenes políticos se enseñaba Historia a niños y jóvenes, pero que el motivo por el cual se hacía no era para que conocieran la sociedad en que vivían y sus cambios, sino para que la aceptaran y se transformaran en «buenos ciudadanos». Ese rol, la necesidad de formar los ciudadanos y las identidades nacionales, estuvo detrás del gran auge de la Historia, sobre todo a fines del siglo XIX. Ya hablamos del cuestionamiento actual al nacionalismo metodológico y de la responsabilidad de los historiadores profesionales en la tarea de derribar mitos. Yo creo que Historia debe enseñarse porque ayuda a comprender el presente, porque el tiempo de la Historia no es el tiempo pasado, aunque encuentre allí su materia prima. Como decía Pierre Vilar, estudiar historia es aprender a «leer un periódico», en el sentido de «situar cosas detrás de las palabras», una manera de ubicarse en el presente. Cuando estamos hablando de los problemas actuales de una sociedad, el análisis histórico le da densidad al conocimiento del problema, lo que ayuda a una búsqueda de soluciones mucho más consistentes. El estudio de la Historia, que en definitiva es el estudio de la dinámica de las sociedades humanas, es el estudio de individuos y grupos, de sus intereses, de sus alianzas, de las correlaciones de fuerzas entre ellos, de los proyectos posibles, de los proyectos abortados, etcétera, constituye un aporte a la comprensión del momento en que se está situado. Siempre con la prevención de no caer en anacronismos, porque estamos analizando los procesos después de haber visto el final de la película, ¿no?

¿Cuáles consideras que son los desafíos de los intelectuales en la sociedad actual?

Creo que cada uno desde su lugar tiene compromisos y responsabilidades y el desafío es cumplirlos. Nunca me imaginé la idea de la «torre de cristal», del intelectual por el intelectual en sí mismo. Tal vez por mi cosmovisión, tal vez por la propia coyuntura que me tocó vivir, creo en la responsabilidad de los intelectuales, en el compromiso y en la contribución. Insisto, no desde las alturas, no desde la condición de superioridad, sino aportar desde el lugar en que uno está, escuchar e intercambiar desde el compromiso social. Si no, la investigación, ¿para qué? Porque además, en definitiva, debo mi oportunidad para desarrollar investigaciones en Historia a la Universidad y esta a su vez se sostiene con el esfuerzo del conjunto de la sociedad que aporta para ella. Entonces, claro que siento una gran responsabilidad. Retomo esta idea de no ponernos en la posición de personajes «iluminados» que marcan el camino a los demás, sino de trabajadores que ayudamos a construir ese camino desde el lugar en que nos tocó estar. Creo que puedo considerarme privilegiada de poder «ganarme el pan» con una actividad que me enriquece intelectualmente, que me genera desafíos y que me hace crecer personalmente, a la vez que me permite realizar una contribución, aunque sea pequeña o acotada, no sé, para la construcción de una sociedad más justa.